



Vista del Castillo de Coca.

COCA.

La villa de Coca ocupa el lugar de la antigua *Cauca*; se halla á las ocho leguas N. O. de Segovia del partido de su nombre.

Su población es de 471 habitantes, situada entre los dos rios Voltoa y Eresma, la baña el primero por la parte del S. y el otro por la del N; regando las huertas que tienen muchos frutales; y se juntan á corta distancia de el pueblo. En el término de esta villa hay poca labranza, es abundante de ganado lanar y tiene un hermoso viñedo, pastos y caza. Su industria consiste en recojer pez, resina, aguas y piñones. Es patria de fray Tomás Gomez, que escribió sobre el canto llano.

Tholomeo coloca á esta villa á los 40.º 01 y 42.º 201. Los *Caucenses* dependían del convento jurídico de *Clunda*. Algunos años antes de Jesucristo fué sitiada por Licinio Lúculo y se rindió despues de una ligera resistencia, con la condicion de dar rehenes, pagar una

contribucion de 100 talentos y poner su caballeria al servicio de los romanos; mas apenas hizo el cónsul su entrada cuando pasó á cuchillo á todos sus habitantes en estado de llevar las armas, y redujo á cautividad á los viejos, niños y mugeres.

En esta villa (antiguamente ciudad) vivia Teodosio retirado cuando el emperador Graciano le asoció al imperio. Fué conquistada á los moros por el rey D. Alonso el VI en 1077.

En esta villa se conserva aun el castillo, cuya vista presentamos al frente de este artículo. Su arquitectura es árabe; su perspectiva exterior es sorprendente y majestuosa á pesar de que el interior está demasiado deteriorado. Sin embargo seria de desear se reformase aquello mas principal para prolongar su existencia y evitar la próxima ruina de uno de tantos monumentos de interesantes recuerdos, como se encuentran en la península.

3 DE DICIEMBRE DE 1848.

D. JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA.

Nació en Játiva el 10 de Agosto de 1757, siendo sus padres D. José Villanueva y Doña Catalina Astengo, natural el primero de la villa de Olba en Aragón y la segunda de Savona en el Genovesado, quienes tuvieron además una hija religiosa en el convento de Santa Clara de Játiva y tres hijos, D. José que siguió el comercio, D. Lorenzo la jurisprudencia y D. Jaime que profesó en la orden de Predicadores.

D. Joaquín estudió en Játiva las humanidades, y concluidos sus estudios en la primavera de 1777 se graduó de maestro en artes y luego de Doctor en Teología; entonces fué á Orihuela al concurso de la canonjía majistral de aquella iglesia que no obtuvo, mas en el mismo verano le fué concedida una cátedra de filosofía en este seminario conciliar, que siguió desempeñando hasta el año de 1780, en que con motivo de unas conclusiones que le ocasionaron varios disgustos renunció la cátedra y pasó á Madrid habitando en casa de su antiguo catedrático D. Juan Bautista Muñoz, por medio del cual trabó amistad con Ayala, Casiri, Távira, Pérez Bayer, Blasco y otros varones ilustres de aquella época.

En el siguiente año de 1781 hizo oposicion á una canonjía de S. Isidro el Real, y no habiendo sido provista en él fué nombrado por el inquisidor general Obispo de Salamanca D. Felipe Bertran para una cátedra de Teología del Seminario de S. Carlos de Salamanca, desde el cual segun su espresion, *por una borrasquilla que se levantó de puertas adentro*, tuvo que venir á Madrid socolor de ordenarse de presbítero á título de un préstamo. Llegado que hubo á la corte se hospedó en casa del obispo de Salamanca, quien le dispensó su proteccion nombrándole capellan y consultor del tribunal de corte, honrándole con una ilimitada confianza hasta el momento de su muerte: por su influjo le concedió el rey la canonjía doctoral de la real capilla de la Encarnacion que estuvo desempeñando hasta el año de 1793, en que fué nombrado capellan de honor y predicador del rey.

En esta época fué cuando publicó una traduccion en verso castellano del *Carmen de ingratias* de S. Prospero y otra del oficio de Semana Santa, que le valió un proceso de la inquisicion, del que tuvo la suerte de salir con felicidad.

Siempre constante en el loable deseo de dar á la religion todo el decoro posible y de corregir el escándalo de algunos sacerdotes que decian la misa en 10 ú 8 minutos, escribió un opúsculo sobre la obligacion de celebrar el santo sacrificio con circunspeccion y pausa, al cual añadió otro sobre los defectos que se cometen ordinariamente en el modo de asistir á misa, con el objeto de abolir los abusos que se habian orijnado con la precipitacion en decir las misas: ambos opúsculos merecieron general aceptacion y se recomendó su lectura en varios Obispos.

A estos opúsculos siguió la publicacion del Catecismo del Estado, que escribió con el objeto de demostrar que la religion se acomoda á todas las formas de gobierno establecidas; de este libro se valieron sus enemigos para formarle un proceso ante la inquisicion, el cual como los anteriores no tuvo éxito ninguno, á causa de que el inquisidor general D. José Ramon de Arce convencido de su injusticia lo hizo ocultar, recogiendo la causa que mas adelante tuvo Villanueva ocasion de ver en casa del Inquisidor. La continuacion del Año Cristiano de España, las dominicas y fiestas movibles, que habia empezado á publicar á fines del reinado de Carlos III y que siguió por este tiempo, fué muy bien recibida del público ilustrado, mereciendo que el ministro Conde de Florida Blanca alabase el pensamiento en una atenta carta; mas no le sirvió nada de esto para que fuese torpemente calumniado por el partido jesuitico siempre en pugna con sus ideas; los rumores llegaron á oídos del monarca, el cual hizo examinar la obra y hallándola conforme con la doctrina de la iglesia la hizo propiedad de la imprenta Real, agraciando á Villanueva que no habia querido admitir ningun beneficio eclesiás-

tico, con una pension de 600 ducados sobre los fondos del establecimiento.

Luego escribió un tratado sobre la leccion de la biblia en lenguas vulgares, probando con razones poderosas ser conforme á la doctrina del evangelio la traduccion de la misma en idioma vulgar: contra este libro escribió un folleto un jesuita Navarro, lo que motivó que Villanueva se defendiese contestándole en las *Cartas eclesiásticas* que se publicaron por decreto del Inquisidor General Abad y la Sierra, y de sus resultados prohibió el gobierno el folleto del jesuita.

En este tiempo se le encargó por el cardenal Sentmanat, patriarca de las Indias, la visita de la iglesia parroquial del Pardo, con el objeto de que formara un plan eclesiástico para la mejor asistencia de los feligreses: verificó la visita y el arreglo, quedando muy complacido el Patriarca del celo y eficacia con que habia desempeñado la comision. Infatigable en el deseo de adelantar la literatura eclesiástica de España, principió á trabajar el año 1802, con auxilio del primer secretario de estado D. Pedro Cevallos, una obra de *antiquis Hispanæ Ecclesiæ ritibus*: en ella le ayudó mucho su hermano D. Jaime, y este trabajo produjo la publicacion de 5 tomos con el nombre de *Viaje literario á las iglesias de España*; pero tuvo que suspenderla á pesar de tener preparados treinta volúmenes, con motivo de la invasion de Bonaparte y de la persecucion de que luego fué victima: otros cinco tomos se publicaron desde el año 20 á 23, componiendo en todo los diez tomos que existen publicados de esta interesante produccion.

Dos años despues dió á luz el *Kempis* de los literatos, libro en que reunió una coleccion de sentencias tomadas de las santas escrituras, de los Padres, etc. aplicadas á la conducta moral y literaria de los escritores y hombres científicos.

Sus enemigos, siempre en continua asechanza, no perdonaban medio alguno de desacreditarle y hacerle sospechoso á los ojos del gobierno: asi es que siendo rector de los hospitales Generales y de la Pasion, fué acusado de que propagaba entre los enfermos y asistentes malas doctrinas: mas esta vez como siempre el inquisidor general Arce, convencido firmemente de la pureza de su doctrina, no dió oídos á las acusaciones de sus enemigos; y Villanueva pidió que no se concluyese este asunto sin que su ofensor se retractase, lo que verificó delante de la junta tomándose nota en el acta de aquel dia; pero tratándose luego de castigarlo, interpuso generosamente su influjo Villanueva para que no le molestasen, dándole luego otras pruebas de no abrigar resentimiento ninguno contra él: poco tiempo despues de esta ocurrencia y de otra mas escandalosa que hace muy poco favor á sus enemigos, de resultados de haber padecido dos enfermedades hospitalarias, le admitieron su quinta renuncia de la rectoria, nombrándole Carlos IV por lo satisfecho que estaba de sus servicios, penitenciario de la real capilla y caballero de número de la real y distinguida orden española de Carlos III.

Fué individuo de las academias de la Historia y Española; como sócio de la primera leyó el dia de su entrada una memoria sobre la época de un bajo relieve encontrado en la antigua Setavis, hoy Játiva, y poco despues otra probando la utilidad de las escavaciones que se debian practicar en la misma Setavis; como académico de la lengua trabajó en la formacion de un diccionario etimológico de la lengua castellana, que acordó la Academia imprimir á sus expensas con el nombre del autor al frente; la proximidad de las tropas francesas á Madrid hizo que tuviera que salir Villanueva para Sevilla, donde siguió ocupándose en el diccionario en los ratos que le dejaba libre su destino. Este diccionario no se ha podido publicar á causa de habersele perdido á Villanueva los originales en uno de sus viajes; tambien hizo por encargo de la academia el glosario latino del Fuero Juzgo, con el objeto de colocarlo al frente de la edicion de este código que estaba haciendo dicha corporacion.

Con motivo de los terribles acontecimientos del 2 de Mayo y para no ser testigo de tan lamentables escenas, se retiró al convento de S. Agustin de Alcalá

de Henares hasta principios de Agosto, en que restablecida la calma en la capital con la nueva de la batalla de Bailen volvió al seno de su familia, donde permaneció hasta primero de Diciembre de aquel año, época en que volvieron los franceses á Madrid; pocos días antes de la entrada de estos ayudó con los demás vecinos á la formación de parapetos y baterías, apertura de zanjas, etc. y el mismo día de la entrada abandonando su casa y librería salió á pie para Toledo, y de aquí á Játiva, donde estuvo hasta el mes de Junio en que pasó á Sevilla á unirse con el gobierno; allí fué nombrado por la Junta Central individuo de la comisión eclesiástica que debía de preparar las

materias de disciplina esterna para las próximas cortes; de esta ciudad tuvo que salir á causa del alboroto de 24 de Enero para Marbella, á donde llegó el primero de Febrero; aquí se detuvo cinco días, dándose luego á la vela para Cartajena, desde donde pasó á Orihuela, recibiendo en este último punto la noticia de haber sido nombrado por su provincia diputado para las próximas cortes; de aquí fué á Játiva donde recibió la convocatoria del gobierno; el día 26 de Julio emprendió su viaje para Cadiz, mas no llegó hasta el 24 de Octubre cuando ya estaban abiertas las cortes; los motivos de esta tardanza los espuso en un librito titulado, Mi viaje á las cortes.



Trasladadas estas á Cadiz en el siguiente mes de Febrero, publicó una defensa de ellas en contestación á la carta pastoral de cinco obispos que estaban refugio los en Mallorca; además escribió las Angélicas fuentes ó la primera y segunda parte del Tomista en las cortes, donde con grande erudición probó que las leyes fundamentales de la constitución española eran conformes á la doctrina de S. Tomás, y que también era doctrina del mismo Santo la soberanía de la nación; verdades tan claras y evidentes que no pudo menos de confesarlas el P. dominico Mallorquin, fray Felipe Puigserver en su impugnación titulada, Notas al tomista en las cortes. En contestación á unas cartas que con el título del filósofo rancio publicaba en Sevilla otro fraile de la misma orden, escribió un opusculo titulado el *Jansenismo*, para desengañar al clero y al pueblo del abuso que se hacía de esta palabra. Así que empezaron á discutirse los artículos de la constitución, tuvo ocasión de manifestar sus ideas liberales con motivo del informe que como individuo de la comisión eclesiástica había redactado para la formación de un concilio nacional con arreglo á lo dispuesto por el de Trento; informe que fué aprobado por las cortes y que le valió algunos enemigos; mas adelante su voto fué favorable á la extinción del llamado voto de Santiago y del tribunal de la inquisición, y concluyó publicando un opusculo titulado, Incompatibilidad de la monarquía universal y absoluta y de las reservas de la curia romana con los derechos y libertades políticas de las naciones; en este opusculo

dió rienda suelta á sus ideas contra el dominio absoluto de los Papas y las exigencias de la corte de Roma.

A la conclusion de las cortes extraordinarias del año de 1813 fué nombrado diputado suplente de las nuevas, en cuya calidad asistió á las sesiones que se celebraron hasta el 21 de Diciembre, en que trasladándose las cortes y la rejencia á Madrid vino á esta capital acompañando en calidad de cura de palacio al nuevo patriarca de las Indias Obispo de Arequipa Don Pedro Chaves de la Rosa.

A la llegada de Fernando VII á España de vuelta de su cantiverio, acompañó por orden de la rejencia en su viaje á Valencia al cardenal de Borbon y al Patriarca de las Indias como cura de Palacio; en esta ciudad tanto el patriarca como él sufrieron varios desprecios del rey, siendo uno de ellos no haber querido oír S. M. la misa que le tocaba decir á Villanueva, estando este ya revestido para celebrarla en el oratorio de Palacio.

Conocida de algunos amigos la persecucion de que iba á ser víctima, le rogaron que emigrase y aun le ofrecieron 2000 pesos para ello; mas no quiso admitirla y volvió á Madrid con el patriarca, cuando el rey mandó trasladar la Real Capilla.

Ya en Madrid tuvo noticia la tarde del 10 de Mayo, á su salida de la Academia Española, de los calabozos que se estaban preparando en el cuartel de Guardias y otros puntos, y á pesar de sospecharse su prision no se ocultó, sino que retirándose á su casa

fué sorprendido á la una de la noche por el juez de policía D. Francisco Leiva, acompañado de dos comisionados del vicario eclesiástico y de una escolta, el cual en virtud de orden del rey le condujo escoltado por cuatro soldados y un alguacil á la cárcel de la Corona, donde ya estaban algunos vocales de las cortes, víctimas también del despotismo que la noche de su prision disolvió las cortes.

A la mañana siguiente un grupo de gente pagada por los viles aduladores del monarca despótico, en número como de 200 personas, después de haber arrancado de la casa Panadería la lámpara de la Constitución, se dirigió á la cárcel de la Corona, insultando con sus voces á los presos y atreviéndose algunos á subirse á las rejas del cuarto principal gritando, mueran los liberales, sin que por parte de autoridad alguna se pusiese freno á este y otros escándalos que tuvieron que sufrir mientras estuvieron presos en la cárcel de la Corona, aquellos que lo estaban por haber defendido los derechos y la soberanía del pueblo.

A pesar de no encontrarse motivo alguno para un atropello tan atroz, siguió adelante la causa, sin hallarse en los papeles de los presos ni en los archivos de las cortes y de la secretaría de Estado documento alguno que justificase las horribles calumnias con que los acusaban; en su permanencia en la cárcel se negó por dos veces á Villanueva un confesor, bajo pretexto que podía llevarle noticias, llegando á tanto la desconfianza del alcaide, que mandó permaneciesen cerradas las ventanas, á pesar de que el calor y la poca ventilación podían obrar en los presos como causa predisponente de una enfermedad.

El 9 de Junio de 1815 habiendo el gobierno tenido sospechas de que los presos estaban en inteligencia con el desgraciado Porlier, comisionó al general Echevarri, superintendente de policía, para el registro de sus papeles, y el día citado á la una de la noche se presentó en la cárcel acompañado de su asesor Castañaga, recogiendo todos los papeles de los presos y entre ellos una representación que Villanueva estaba haciendo á nombre de sus compañeros y suyo para presentarla al rey.

En Setiembre de aquel año se concluyó la causa en que se le acusaba de haber atentado contra la soberanía del rey, de haber juntado cortes contra el consentimiento de la nación y otras cosas por este estilo; y de sus resultados elevaron al rey una extensa representación en que le informaban de las calumnias que contra ellos se habían levantado y de las ilegalidades cometidas en el proceso; en vista de esta representación condenó el rey á los presos á varios confinamientos, y Villanueva lo fué á seis años de reclusión en la Salceda y privación de la capellanía de honor y plaza de predicador de la real capilla, con la tercera parte de las rentas de su canonjía, aplicadas las otras dos á los reales hospitales de Madrid.

Con arreglo á esto en la madrugada del 13 de Diciembre salió de esta villa en compañía de su compañero de destierro D. Nicolás García Paje en un coche escoltado por ocho soldados y un teniente, llegando á la Salceda al anochecer del 19.

En el año y medio que había estado preso escribió con mucho trabajo á causa de la excesiva vigilancia de los que le custodiaban, los apuntes sobre el arresto de los vocales de cortes ejecutado en mayo de 1814, que luego publicó en 1820; también escribió once sueños alusivos á los acontecimientos de aquella época, los que tuvo que arrojar al fuego, y una colección de sentencias y máximas morales para una religiosa sobrina suya.

Ya en su destierro de la Salceda, se dedicó á la poesía que había abandonado cuando joven; fruto de aquella reclusión fué un *Tratado de la divina providencia* y una infinidad de odas, sonetos, etc. que luego reunió en un tomo que llamó *Cancionero de la Salceda*; también anotó entonces los dos primeros tomos de la versión castellana de los salmos, de D. Tomás González Carvajal.

Entretanto que se consolaba en su destierro con el manejo de la biblioteca que le franquearon los re-

ligiosos, y con el trato de varios amigos que acudían al convento y procuraban hacerle llevadero su injusto cautiverio, no andaba ociosa la Inquisición en la revista que estaba haciendo de sus escritos; así es que el día de S. Joaquín del año de 1818 se presentó en el convento un comisionado con seis censuras fulminadas por el Santo Oficio contra sus escritos; la lectura de estas sentencias le llenó de terror al ver como dice el mismo, que el Santo Oficio había convertido en materias de fé varios puntos de política y derecho público controvertidos en sus obras. Estuvo decretado su encierro en los calabozos de la Inquisición, y á no ser por dos amigos que tenía en el Consejo de la Suprema, que hicieron de modo de alargar el proceso con el objeto de evitar la prision, se hubiera llevado á efecto. De las seis censuras no contestó mas que á la primera que versaba sobre el Tomista en las cortes ó las Angélicas fuentes. En este estado de cosas vinieron los acontecimientos del año de 1820, y con ello recobró Villanueva su libertad saliendo de entre aquellos religiosos para ir á su catedral de Cuenca, donde tuvo ocasion de ver su último proceso por manos de un amigo.

En Cuenca fué recibido con muestras de alegría y allí publicó sus *Observaciones sobre la apolojía del altar y del trono*, en impugnación á una obrilla del padre Velez, Obispo de Ceuta.

A los dos meses de estar en Cuenca fué nombrado por su provincia diputado para las próximas cortes, con cuyo motivo salió para Madrid, no reclamando á su llegada ninguno de los destinos que había tenido, á pesar de la orden del rey de que fuesen repuestos en ellos todos los individuos que habían sufrido persecucion como vocales de las cortes extraordinarias: mas el título de capellan de honor y predicador del rey le fué devuelto por este en un decreto muy honorífico para Villanueva.

Entonces fué cuando publicó los *apuntes* que llevamos dicho y una contestación á una impugnación de ellos, que publicó D. Antonio Alcalá Galiano, uno de sus jueces en el año de 1814.

Ya hacia tiempo que desagradaban á Roma las ideas que profesaba Villanueva, tanto en política como en materias eclesiásticas, cuando con la publicación de las *cartas de D. Roque Leal* que escribió para combatir una esposicion del Arzobispo de Valencia D. Fr. Veremundo Arias de Tejero contra las medidas tomadas por las cortes sobre varios puntos de disciplina esterna, Villanueva la rebatió completamente con el auxilio de su inmensa y escogida erudición.

A estas cartas contestó en 1824 un carmelita con una obra tan llena de groseros insultos y denigrantes y sucios epítetos, que Villanueva no quiso medir su pluma con un adversario que con tal estilo se presentaba en la palestra.

En Agosto de 1822 fué nombrado por S. M. enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario cerca de su Santidad; mal podia la curia romana recibir á gusto á un hombre que siempre había declamado contra sus desórdenes y pretensiones exageradas. Así es que S. S. dió orden á su encargado en Turin D. Antonio Tosti, para impedir á Villanueva proseguir su viaje hasta nueva orden de su gobierno; Villanueva que tenía porque temer su viaje á Roma, pasó á Génova hasta que se arreglase este asunto entre ambos gobiernos.

Después de varias contestaciones y de negarse el Papa rotundamente á admitir á Villanueva como Ministro plenipotenciario, se resolvió la retirada de nuestra legacion en aquella corte y la salida del Nuncio Monseñor Giustiniani de Madrid, que se verificó el 28 de Enero de 1823.

Villanueva así que lo supo en Genova, se dió á la vela el 9 de Febrero con direccion á Barcelona, á donde llegó después de haber sufrido dos temporales que le habían hecho arribar á Villafraanca de Niza y á las Rosas; en Barcelona se detuvo un mes, muy obsequiado por el general D. Fernando Butron y la mayoría de los habitantes; aquí publicó un folleto que había escrito en Génova titulado, *Mi despedida de la curia romana*, que ilustró con notas. De esta ciudad salí

lió para Cartajena, adonde fué también muy obsequiado, lo mismo que en Murcia, Lorca, Baza y Granada, por donde pasó hasta llegar á Sevilla para dar cuenta al gobierno del éxito de su comision.

A su llegada á esta capital, como viese el nublado que se iba formando sobre el horizonte político, no queriendo ser envuelto en la terrible tormenta que amenazaba descargar, se marchó á Cádiz donde llegó felizmente pocos días antes del motin de Sevilla el 13 de Junio; desde Cádiz, huyendo del encono del mando absoluto, salió para Gibraltar el día 3 de Octubre; el viento contrario le arrojó á la costa de Africa y al cabo de tres días pudo llegar á Tanjer, encontrando allí á su hermano D. Lorenzo refugiado por la misma causa.

Llegado que hubo á Gibraltar salió para Irlanda, desembarcando en Cork donde fué muy bien recibido del Obispo católico lo mismo que en Kilkenny y Dublin, en cuyo punto se detuvo algun tiempo.

A poco se embarcó para Inglaterra y entró en Londres el 23 de Diciembre de 1823: en esta ciudad publicó su *Catecismo moral para instruccion de los fieles en sus deberes con Dios*, y tradujo y publicó la *Teología natural de Paley*, ocupándose también en la formacion de un *Diccionario etimológico de España y Portugal*, que no ha visto la luz pública. En el periódico que se publicaba en Londres con el título de *Ocios de españoles emigrados* publicó parte de sus viajes por Irlanda con el título de *Cartas hibernicas*.

Sobre los intereses de los católicos en Irlanda y sobre el juramento de sus obispos escribió tres opúsculos con aquel tino y erudicion que brilló en todos sus escritos.

En Julio de 1825 dió á luz en Londres su *Vida literaria, ó memoria de sus escritos y opiniones con una adición de documentos inéditos del concilio de Trento*: en esta obra llena de curiosos pormenores hallanse las contestaciones que mediaron entre el gobierno de España y la Santa Sede con motivo de su nombramiento de ministro plenipotenciario, con otra infinidad de documentos curiosos de aquella época.

De Londres pasó á Dublin, y estando en esta ciudad el año de 1837 fué acometido de una grave enfermedad que le llevó al sepulcro á la edad de 80 años el día 25 de Marzo, este español tan amante de su patria y tan celoso defensor de los cánones antiguos y doctrinas puras de la iglesia, como enemigo de las pretensiones exageradas de la curia romana.

No emprenderemos ahora por conclusion el elogio de sus virtudes, porque nuestra pluma no es á propósito para el caso: tampoco le vindicaremos de las notas denigrativas con que sus enemigos le calumniaron, porque mereció tener por tales á los que lo fueron de la verdadera piedad y sólida ilustracion. Nuestro objeto no ha sido otro al escribir estas líneas, que dar á conocer los hechos y escritos de un español que conocia la pureza de la disciplina canónica, y suspiraba por ver arrancados los abusos introducidos en ella. Suscite Dios en su iglesia muchos imitadores de una conducta tan cristiana y apostólica.

RAFAEL DE MEDINA E ISASI.

RECUERDOS DE UN MÉDICO.

Hélas, que j'en ai vu mourir de jeunes filles.

VICTOR HUGO.

I.

Erase una noche lluviosa y fria, contaba aquel Doctor amigo mio, del año en que alcancé mi Bachillerato en la facultad: la fecha exacta no se me viene á la memoria, pero tengo delante de los ojos todas las circunstancias del caso: mi madre allegaba al fagon algunas ranillas secas de las pocas que mi menor hermano habia recogido aquel día en las afueras del Lugar: colgaba de la chimenea un viejo velon de hierro y al tremulo resplandor que despedia, estábame yo interpretando, porque leer con tal luz no era

posible, algunas elejias de Ovidio de esas que echan de menos los jóvenes en las ediciones escolares: el *Ecce Corinna venit* sobre todo, llenaba mi ánimo de voluptuosas impresiones.—Adelante,—gritamos cuatro ó cinco de los oyentes recelándonos de sus citas latinas tan inteligibles para nosotros estudiantes al uso como si las trajese del idioma antiguo de los Atlántidas.

—Mi madre atendia á reanimar la chimenea (y esto lo decia el buen Doctor en su relato): la lluvia sedebaja sentir mas y mas á medida que las horas crecian; ni era fácil oír en el Lugar ruido que no fuese el de las gotas de agua que azotaban las endeables techumbres. Sonó la voz de un buho que debia ir raspando con nuestra chimenea; sentíase al lejos la tormenta y mi hermanillo despertó sobresaltado con ella: mi madre lo recojió en su seno y comenzó á murmurar ciertas oraciones y conjuros piadosos. Pero la lluvia no cesaba por eso, el rayo revoloteó un momento en el zenit y oímos al buho tres veces su cancion lastimera. Las sabrosas imaginaciones del desterrado del Ponto no fueron parte para que yo dejase de observar tales accidentes y minuciosidades. Sueños juveniles ocupaban mi ser todavia: buscando el bullicio del mundo como una esperanza de fortuna; creia en la gloria de las recetas y deleitábame con las visiones mágicas del amor y la ternura. Comparando la agitacion de mi cerebro y los jemitos sordos de la naturaleza plástica con el tranquilo aspecto de mi reducida familia y el silencio interior de mis hogares, apenas podia contener que se me llenasen de llanto los párpados con cierta amargura vaga y lejana que ahora mismo no sé yo, si venia de echar menos la pérdida ignorancia ó era que ya me sentia atacado de ese mal crónico que llamamos anhelo de ser felices. Criatura débil y sin carácter propio, modificábanme cuantos dolores y placeres tropezaba: solia entristecerme con los tristes sin que nada me fuese en ello y á veces con los alegres llegaba á persuadirme de que tenia mis motivos para reír y estar contento.

—Digresiones inútiles, tornaron á exclamar algunos de mis impacientes compañeros: otros sentian llamada su curiosidad á vuelta de tan inusitados prolegómenos: por mi parte confieso que temblé ante el abismo que encerraban las palabras inconexas de aquel hombre: eran una profesion de fé negativa, un grito de ateismo contra la humanidad.

—El anciano nos miró un instante con cierta sonrisa maligna que debia ser peculiar suya segun la repeticion y luego continuo de esta manera su cuento:

—Tocan precipitadamente á la puerta de la calle y sin esperar la respuesta repiten dos veces los golpes: luego una voz desconocida y bronca pronunció desde fuera mi nombre. No era la vez primera que los vecinos acudian á mi en sus dolencias sin ser médico todavia; ya cien veces habia acontecido lo propio y ésta sin embargo fué la ocasion única en que sentí sobresalto: mi madre recitó al parecer mas oraciones que de costumbre: al traspasar el dintel de mi casa creí escuchar que lloraba el hermano mio. Y sin embargo no debia inspirarme temor alguno la persona que por mí vino: traia en lágrimas los ojos y suspiraba de vez en cuando lastimosamente: hombre como de 35 años, mediano de estatura y no desgarrado del todo mostraba tan al vivo en su rostro candidez y bondad que no habia medio de equivocarle con los malos.

Pesábanme tanto los vagos presentimientos que traia, que en largo plazo trascurrido, no acerté á preguntarle á mi compañero noticia ni pormenor alguno del enfermo:—Es muger mia fué su dicho á la pregunta que al fin le hice: tiempo hace que debe sufrir grandes dolores porque día y noche suspira y llora sin consuelo.—Y os casasteis? Tres meses hace.—No es mucho, tuve yo para mí en aquel momento.—¿Si vierais que bella era! diez años consecutivos seguí sus pasos y la importuné con mi ternura, pero ella tenia entonces otros amantes, uno sobre todo que la abandonó este invierno pasado: mal caballero... pero en fin ya veis si tengo motivo de quejarme cuando esto la ha traído á mis brazos, oh! seria una injusticia del Cielo que ahora se me muriese cuando comienzo

á gustar de su cariño: he visto poco á poco consumirse sus mejillas y apagarse sus ojos y he devorado en silencio mi pena; pero esta noche se ha agravado tanto y tanto que estoy temiendo no hallarla viva cuando lleguemos.—Aquí el pobre hombre se deshacía en llanto y yo segun mi mala costumbre estuve á punto de derramar tambien lágrimas.

Salimos del Lugar y entramos en una frondosa alameda de naranjos: la tormenta enemiga de aquel suelo de mi patria porque Dios permite pocas veces que cebe en él sus garras tenia cumplidas de esta vez grandes venganzas: no era posible dar un paso sin herir en el suelo las albas ojas de los azahares caidos; ni dejaban de llegar revueltas con la lluvia algunas flores de olor que el viento arrancaba en los cercanos jardines. Allá al estremo de la alameda y en la parte mas enmarañada y cubierta del ramaje, mirábase una casita blanca tendida como esas palomas sin dueño que se pasan al anochecer en los árboles: el viento que azotaba sus vidrios y sus puertas dejaba llegar á nosotros un gemido tristísimo: tres veces vimos el huracan que venia doblando todas las copas de árboles y como la casa estaba cercada de esos hermosos álamos lombardos, escuetos y altos á maravilla, no parecia sino que imploraban socorro del caminante para el techo humilde que covijaban, cuando todos conformes y acompasados rendian casi hasta el suelo sus ramas y tornaban á alzarlas luego para inclinarlas despues á otro lado segun soprase el torbellino: las hojas que quedaban esparcidas pudieran tomarse por lágrimas de desconfianza ó de duda.

Llegamos á la puerta de la casita y mi guía dió en ella tres golpes suaves: una criada muy jóven salió á abrirnos y su amo le preguntó al punto por la enferma:—no habla ya, Señor—fué la respuesta de la muchacha y todos tres entramos precipitadamente en una habitacion que estaba á la izquierda. Habia allí mas silencio que en mi casa todavia: la luz brillaba con resplandor mas siniestro que en el velon de hierro de mi chimenea; en vez de las oraciones monótonas de mi madre se dejaba sentir una respiracion ardiente y trabajosa y un ruido extraño se oía como si unos labios quisiesen articular su último acento y este acento fuera de maldicion para el mundo. Entonces recordé este axioma trivial de los moralistas, que nadie es infeliz si con otro que lo es mas se compara: y en verdad que en aquella casa debia estarse peor que se estaba en la mia.

Yo habia auxiliado, digo otra vez, á mis vecinos y tenia vistos muchos cadáveres en la sala de disecciones; pero nunca habia asistido á ese momento sublime de la agonía, lucha del sér con su forma sensible, rompimiento entre el pasado que se olvida y el porvenir que no se sabe: hay en esto alguna cosa que espanta mas que la materia fria de los cementerios, al menos cuando se mira por vez primera. Todas mis teorías de médico se agitaban como un volcan en mi cabeza; entonces comencé á comprender para que sirve la ciencia; entonces hubiera dado media vida mia por alcanzar todos los misterios del arte, todos los secretos del estudio; con tal de retener aquella existencia en el mundo y arrancar un sér á la tumba que podria llamarlo mio propio con esto.

El marido descolgó un cabo de vela y con su luz ténue vino á alumbrarme para que viese el rostro á su esposa: los pulsos de la enferma disminuian rápidamente agitándose de cuando en cuando con violencia como aquellas últimas oscilaciones y luminarias súbitas de una antorcha que vá á apagarse. Los párpados de sus ojos se despegaban frecuentemente para volver á cerrarse luego: sus labios querian hablar y no podian: tenia hinchadas las mejillas y cárdenos los colores: estaba en fin bebiendo su última copa de vida.

Volví los ojos en torno mio y hallé al marido que me contemplaba con arrobamiento esperando en mi, sentencia de muerte ó de vida: aquel hombre no era posible que fuese malo. A pocos pasos estaba la muchacha que nos abrió la puerta, de todo punto fria é indiferente pensando mas en su sueño interrumpido que no en la desgracia de sus amos. Hice un gran

esfuerzo sobre mí mismo y comencé á invocar los principios que recordaba en la facultad para tales casos; pero pronto vino el convencimiento de su inutilidad á paralizar mis esfuerzos: entonces pensé alejar al marido de aquella sala. Tres ó cuatro labradores del contorno vinieron por él y lo llevaron consigo á pesar de su obstinacion en quedarse: conociendo en la tristeza de mis ojos que era inevitable la muerte estuvo contemplando á su esposa largo rato sin hablar palabra: dábale de vez en cuando golpecitos en la frente como si llamase allí un pensamiento que se perdía en las tinieblas. Y es que era honrado y sencillo amaba á su muger y no comprendia que pudiese dejar ella de corresponderle: cierto mal desconocido la aquejaba y él no habia caído en otros remedios que los que dá la medicina: creia que era voluntad de Dios el llevarla y humillaba su ánimo sin atreverse á pronunciar una queja. Pero antes de perderla quiso impregnar su ser en las formas de aquella beldad que iba á deshacerse: inclinó la cabeza y le dió por despedida el ósculo postrero de su ternura. Ni notaron sus ojos que los labios de la enferma se contrajeron horriblemente, ni sospechó el alma leal que fuese muerte voluntaria la de su esposa.

Dejó la casa sin encomendarme mas que sus suspiros y á poco sentí en el campo el ruido de los pasos en direccion de una alqueria próxima y resonaban en el camino las carcajadas que daban sus amigos por consolarle. Como la tormenta no habia cesado y los álamos al doblarse dejaban oír un tristísimo gemido, aquellas voces diversas mezcladas unas con otras moviéndose por registros tan encontrados y entonacion tan diferente; aquellas últimas vibraciones de la enferma que estaba á punto de espirar, entonces, y los latidos de mi corazon sediento de vida; todo esto mirado en tropel y aun mismo punto reflejaba fielmente la fisonomia del moribundo: desde entonces recuerdo aquella escena cada dia con todos sus elementos y en verdad que no he llegado á explicarme aun, si es la muerte una carcajada ó un suspiro, si llevaban razon los amigos labradores ó yo la tenia; no sé si es un hecho indiferente á la humanidad como el quejido de los árboles que se doblan, ni puedo decir si aquella muerte la sentia yo por la enferma ó si anticipándome, lloraba ya la imagen de la mia.

A vueltas de tales digresiones el médico parecia abismado en el mar de sus recuerdos: hartas veces en verdad nos habia contado historias de enfermos y muertos y solia hacerlo con un sarcasmo glacial: para él á lo que teniamos visto no eran los hombres otra cosa que resortes descompuestos en una máquina que no los necesitaba; pero aquel dia nos presentó una cosa diversa: era tal vez la protesta del espíritu contra una existencia materialista, oíamos allí la definición de la muerte segun no la imaginábamos nosotros, porque jamás habiamos puesto los ojos en la nuestra. El doctor siguió de esta manera relatando.

—Al fin agotaron sus ojos la luz, se abrieron una vez para no mas cerrarse y tres vibraciones del cuerpo respondieron á los hálitos postreros del espíritu que se iba. Por mi parte quedé como petrificado, inmóvil y sin pensamiento siquiera: el huracan habia arreciado y un chirrido de cuando en cuando, venia á anunciar otra rama tronchada de los árboles, que luego rodaba por el tejado con extraños murmullos: Aquella muger debia tener pacto con el diablo segun parecia que toda la naturaleza remedaba su muerte: sobre todo era singular aquel número tan repetido en la voz del buho que sonaba en mi chimenea y el doblarse de los árboles por el camino y las convulsiones últimas de la muerte.

Sentado á algunos pasos del lecho iba trayendo poco á poco mis ideas esparcidas, pero en vano luché mucho tiempo por coordinarlas de algun modo: mi mente rechazaba todas las formas que queria imponerle, en el dolor y la maravilla, en la curiosidad ó el espanto y por mas que forcejeaba con ella siempre impalpable y aérea se me huía, siempre, hasta que ya cansado y desfallecido me eché en los brazos de la nada que me circuió y despues de esto no recuerdo mas sino que sentí un soplo suave que me

llevaba y deshacía mi ser no sé cómo, por qué, ni para dónde. Ignoro el tiempo que así pasaría pero no debió de ser mucho calculando las horas de la noche; súbitamente volví á sentir y torné á pensar y ví pasar por mi cerebro una cosa parecida al relámpago, y hallé y toqué seres y cosas cuyo nombre ignoraba hasta entonces y comencé á respirar un ambiente desconocido.

Eran dos sombras que se juntaban siempre en un punto: bajaba la una de muy alto y la otra ascendía de no sé qué profundidad abierta á mis plantas: cada vez que chocaba una sombra con otra se producía cierto color vago que á veces remedaba la Aurora y á veces el Ocaso; que ora se descomponía en mil colores como el iris, ora tomaba el matiz fatídico de la tormenta: cierto murmullo se escuchaba entonces como el que deja la resaca del mar entre las piedrecillas de la playa, como el que produce un áscua cuando se moja. Luego aparecía una hubecilla blanca de blancura de azucenas y el murmullo se convertía en un *andante* melancólico y apacible como el recuerdo de la primera muger por quien sentimos; tras esto venía el caos porque tal era y no otra cosa la confusión que parecía en colores y sonidos. Ni la vista ni el oído alcanzaba á percibir cosa distinta: cerré los ojos y me tapé ambas orejas con las manos; pero ni aun así dejaban de aturdirse los sentidos: solo que todo venía al parecer de mas lejos y pude percibir la música de un Wals arrebatador y los simultáneos pasos de muchas parejas, y algunas voces que debían decirse cosas al oído según era el acento artificialmente sordo y la expresión recelosa é interrumpida: pasaban al lado mio ecos, de carcajadas locas y otros que parecían suspiros de despecho aunque no pude creerlo entonces cuando todo respiraba contento: luego en breve plazo desaparecía esto para dar lugar á nuevas visiones y fantasmas. Abrí los ojos y ví que las dos sombras juntas tomaban diversos colores, verde la de arriba según es la esperanza; la otra que subía de abajo se mostraba rojiza y ardiente como son los deseos de la juventud: dejábase oír un *allegro* vivísimo y estaba yo pensando que con esto se acabaría todo y me dejarían tranquilo cuando ví que las sombras tornaban á chocar, saliendo de ellas un resplandor siniestro como el Sol que alumbraba la hora después de los crímenes y el espacio se pobló de figuras humanas. Eran las unas doncellas que iban como prendidas á ciertos viejos de repugnante faz y apostura; no pude por largo rato alcanzar el talisman que los unía y cuando llegué á verlo era tan pequeño que no distinguí en él sino el bulto, pero cualquiera hubiera dicho que ello era una moneda de oro. Mas allá asomaban sus cabezas llenas de rizos y gasas algunas caras marchitas, respirando los ojos deseo y las frentes caídas mostrando á la legua que estaba el corazón vacío: algunas debían ser casadas porque venían á llamarlas ciertos chicuelos á veces y por cierto que ellas los alejaban con disgusto. Cerré los ojos mas atemorizado aun que la otra vez y oí ciertos sonidos pasajeros y cortados pero repetidos bastante: ahora que tengo experiencia hubiera dicho que eran besos frenéticos, lábios que entrechocaban, alientos que se despedían de lo profundo de dos almas para confundirse en un punto.

Y aquellos goces, si lo eran, debían durar muy poco pues casi al propio tiempo que ellos, dejábanse oír suspiros y lamentos que entonces no pude ya desconocer ni equivocar con nada: eran gritos de dolor y despecho; parecía sentirse el resbalar de las lágrimas y rechinaban en el aire voces de sarcasmo y desprecio; primero, con gran violencia aquel eco, luego moderado ya, después leve, últimamente sutil perdiéndose entre los chasquidos de la tormenta. Entonces tornaba otra vez el caos y luego el sonido de la niñez melancólica y los sonidos del baile y el grito de los placeres para venir á caer al propio punto una vez y otra y otra hasta que yo sin mas poder sufrir aquel acertijo, abrí los ojos y golpeé mi frente como para alejar de ella tales visiones. La vela que nos alumbraba se había consumido y al través de las rendijas un rayo de Luna iluminaba con luz amaril-

lenta y turbia las mejillas del cadáver: la tempestad como otoño que era entonces no había hecho mas que estallar un momento para desaparecer luego; mas cierto que era triste la huella que quedaba con aquel siniestro resplandor de luna y el sonoro goteo de las hojas de los árboles que remedaban un llanto. Y era bella la muerte por todo extremo: tenía los ojos azules de ese color que siempre le dice pureza á mi alma por mas que nunca haya en él hallado sino perfidia: sus cabellos de un dorado muy bajo eran copiosos y muy suntuosos sin duda, porque el viento que entraba por las rendijas los levantaba y removía de tal suerte que á veces pensé hallarla viva. Mi corazón latía precipitadamente: la sangre se agolpaba á mi cerebro y el pensamiento exaltado vagaba de acá para allá sin encontrar donde reposarse; pasó una hora y otra sin saber que partido tomaría y mientras, corrió á su fin la noche y comenzaron á sentirse los sordos murmullos del día: la luna antes de ocultarse envió un rayo vivísimo que refrescó al pasar mis sentidos; pero al caer en la muerte se reflejó momento en el cristal de sus ojos y la pálida centella que resultó de aquel choque me penetró lo mas íntimo del alma: todo azorado me levanté y así como instintivamente dirigí mis pasos á la puerta. Cuando la luna desapareció hallé en una oscuridad aterradora la estancia; fui á salir y tropecé con un cuerpo extraño que me pareció removerse al sentir mi planta; mas y mas atemorizado con esto, salté al campo en un vuelo y comencé á correr para el lugar mío; pero en largo plazo no dejé de escuchar ciertas maldiciones y quejas que salían de la casita blanca: el diablo sin duda las decía porque á la por el viento frío de la alborada azotaba mi rostro como la mano helada de un cadáver; la tierra removida por la lluvia ora parecía atraerme á sí para sepultarme en su seno, ora me despedía con violencia, hundiéndome unas veces y cayendo otras sobre el lodo; no era ni de día ni de noche: la atmósfera estaba entonces en el caos y algunos relámpagos lejanos parecían las últimas esperanzas que se iban. No reparé entonces la alameda de naranjos, ni vi mas doblarse las copas de los árboles, ni advertí si pisaba las hojas de los azahares caídos: sin pensar otra cosa que alejarme á toda prisa, llegué jadeante y sudoroso á mi albergue: mi madre oraba, mi hermano dormía y el velon de hierro de la chimenea estaba para dar su postrimer destello: me eché en el lecho y un letargo profundo me mantuvo en él hasta muy entrado el día. Pero entonces en contrarios pensamientos no pude cerciorarme de si aquella muerte fué una enfermedad ó un suicidio, ni supe á que atenerme en tal conjunto de circunstancias raras sobre lo natural ó sobrenatural del caso: únicamente los gemidos y maldiciones que oí en la casita al retirarme, antes que del diablo llegué á sospechar si serían ayes de la pobre muchacha que servía á los desventurados esposos: si estaba acostada junto á la puerta, al salir yo tan precipitadamente debió sufrir mucho daño con mi tropiezo.

—Aquí paró su narración aquel doctor amigo, por entonces y aunque todos los estudiantes le pedimos á una mas pormenores del caso; dejó el darnoslos para otra ocasión propicia; que si cumpliera su palabra el anciano egoísta, no faltaría quien á tí te lo trasmitiese en otro número, lector benévolo pues tanto y mas vale la paciencia ejemplar con que has llegado á tal punto en pós de estos renglones desaliñados.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO IMITADAS DEL ALEMÁN

EL CANGREJO.

(DE PFEFFEL.)

Resto de una comida
Que orillas de un arroyo fué servida,
Quedó en una pradera abandonado,

El concludo cadáver de un cangrejo
Lo mismo que una grana colorado.
Miraban y admiraban pensativos
Otros cangrejos vivos
Aquel tinte magnífico bermejo,
Y cada cual de su interior exhala
Esta loca espresion:—¡qué hermosa gala!—
—¡Quién el secreto raro poseyera
De poderse adornar de igual manera!—
Oyendo la ocurrencia peregrina,
Dijoles un raton docto en cocina.
—Para adquirir colores tan brillantes
No hay otro medio que coceros antes;
Mirad, pues, lo que al misero le cuesta
La mortaja de honor que lleva puesta.—
Quien envidie la gloria esclarecida
Que á los varones célebres rodea,
Suspenda su opinion hasta que lea
La fiel historia de su amarga vida.

LA LUCIERNAGA Y EL SAPO.

(DE PFEFFEL.)

En triste noche, por demas oscura,
Sale de la espesura
Incauta la luciérnaga modesta,
Y porque el riesgo de lucir no advierte
Su resplandor entre la sombra vierte.
Un sapo vil, á quien la luz enoja,
Tiro certero al gusanillo asesta,
Y de su boca inmundada,
El veneno mortifero la arroja.
La luciérnaga clama moribunda:
—¿Qué te hice yo para que así acabaras
Con mi vida inocente?
Y el monstruo respondió:—sabe imprudente,
Que hay distinciones que se compran caras;
No te escupiera yo, sino brillaras.

J. E. HARTZENBUSCH.



En el prospecto que se reparte con este número del tomo del SEMANARIO que vamos á comenzar con el año próximo, hallarán nuestros suscritores ligeramente indicadas las grandes mejoras que pensamos introducir y el anuncio del ALBUM que tenemos dispuesto para regalar en la forma que allí se espresa á todos los que renueven la suscripcion ó se suscriban antes del 1.º de Enero. Vamos ahora á hacer á nuestros favorecedores algunas advertencias importantes sobre el particular.

Hoy entra en prensa el último pliego del ALBUM, pero siendo muy numerosa y delicada la tirada, habiendo de emplear tambien bastantes dias en las ope-

raciones que requiere la encuadernacion, y necesitando servir desde luego con los primeros ejemplares que vaya habiendo dispuestos los pedidos de provincias, para cumplir nuestra palabra de mandarlos en la primera remesa siguiente al aviso de cada suscripcion, no podremos tener ejemplares en número suficiente para repartirlos en Madrid de una vez, como lo exigen los intereses de la empresa, hasta el 15 ó 20, á lo mas, del mes de Diciembre, antes sin embargo, los habrá de muestra en las librerías y avisaremos puntualmente el día fijo de la distribucion.

Juntamente con el ALBUM serán llevados á domicilio los recibos de renovacion á los suscritores de año, pues la cobranza correspondiente á Enero es la que ha de marcar quienes tienen opcion á recibir en el acto el regalo: los actuales suscritores de mes, trimestre ó medio año, que deseen variar los plazos de su abono para adquirir igual derecho, tendran la bondad de dar una papeleta al repartidor respectivo, espresando su voluntad con arreglo á las bases que se marcan en el prospecto y se les llevará el recibo segun deseen. Entretanto rogamos encarecidamente á nuestros constantes favorecedores de Madrid que no acudan á renovar á las librerías pues esto ocasiona trastornos de consideracion á las oficinas del periódico.

Recomendamos á los suscritores de provincias que señalen al hacer su abono ó en carta franca un conducto seguro por donde les dirijamos el ALBUM; este medio, si bien mas lento, ofrece una exactitud en los envios que no hay que esperar de las administraciones de Correos, por mas esquisita que sea nuestra puntualidad en poner los paquetes en la de Madrid.

Nuestros suscritores saben bien como hemos cumplido lo que ofrecimos al comenzar el tomo de 1848; el público que siempre presta su apoyo al que se esmera en complacerle ha pagado con una acogida extraordinaria el exceso con que hemos realizado nuestras promesas; solo podemos mostrarnos dignos de este éxito presentando nuevas pruebas que acrediten nuestro anhelo de colocar el SEMANARIO á la altura de las mas esmeradas publicaciones de Paris.

Desde principios de Enero redoblabamos nuestro esmero en la parte literaria, que será debida á nuestros primeros escritores, estamparemos magníficas láminas originales por un nuevo método, aumentaremos la lectura, estrenaremos una preciosa fundicion igual á la del prospecto y emplearemos hermoso papel que nuevamente hemos mandado fabricar, viendo que la remesa que acabamos de recibir y que estamos usando no corresponde al lujo con que ha de publicarse el SEMANARIO desde Enero. Si á esto se agrega el costosísimo REGALO que ofrecemos á todos los suscritores, preciso es convenir en que ninguna empresa literaria ha correspondido nunca con pruebas tales al favor del público.

DISTRIBUCION DEL REGALO.

Como nuestro deseo es que disfruten del regalo todos los suscritores, hemos combinado su comodidad con nuestros intereses del modo siguiente. Los antiguos y constantes suscritores mensuales de Madrid, pueden recibir el ALBUM en el acto, anticipando el importe de cuatro mensualidades, ó el último día de abril al renovar su abono.

Los nuevos suscritores por meses al pagar el de julio.

Los de seis meses, asi de Madrid como de provincias, al convertirse en anuales, satisfaciendo el segundo semestre.

Los de tres meses al pagar el tercer trimestre.

ADVERTENCIA.

El papel en que se han tirado los prospectos, aunque mejor que el que estamos usando, no es tan bueno para la estampacion como el que emplearemos el año próximo.

MADRID 1848—IMPRESA DE DON BALTASAR GONZALEZ.